

Comunidad Católica de Lengua Española

Remscheid-Wuppertal-Wermelskirchen-Langenfeld

Hoja 226 – 18.02.2024

La Buena Noticia según la comunidad de Marcos

En aquel tiempo, el Espíritu empujó a Jesús al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás; vivía entre alimañas, y los ángeles le servían.

Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: "Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio."

Marcos 1,12–15



Máscaras



Antes de Cuaresma, carnaval... tiempo de caretas, de disfraces, de ficción... La verdad es que lo de menos son estos pocos días de mascarada oficial. A veces me turba pensar que siempre hay que andar con máscaras puestas; yo y todos. Que debajo de la aparente seguridad late un rostro temeroso. Que tras el semblante risueño hay una mueca

de dolor. O que tras la cara compasiva puede haber un gesto de desprecio. Quiero aprender a ver los rostros humanos, quiero no tener miedo de dejarme ver. Ahora, cuando se apaguen los ecos del carnaval, es tiempo de quitar maquillajes.

Ser distintos

¿Quién no ha imaginado alguna vez tener otra vida? Otra historia, otro mundo, otros nombres, otros recuerdos... Me veo como quien optó por la ciencia y llegó a la luna, o como quien optó por la riqueza y se hizo de oro. Me sueño como quien eligió otra vida, y hasta añoro lo que nunca voy a vivir. Pero hay mucho de engaño o de entretenimiento vacío en esos pensamientos. En realidad, mi vida es una. Aquí y ahora. Solo una. Y es única e irreplicable. Tal vez sea esta cuaresma un tiempo de bucear en quién soy yo... (no un yo distinto, no una imagen edulcorada, ni otra cruel o autocrítica). Sólo yo, con mis logros y mis heridas, con mis retos y mis miedos, fracasos y triunfos. Desnudo ante Dios. Desnudo ante el mundo.

Puedo dedicar un rato a pensar (sin regodeos innecesarios, pero sin miedo tampoco) en 'quién soy'... qué pongo en este mundo, qué ve Dios,

que me mira y me ve sin máscaras, lo bueno y lo malo, lo fuerte y lo débil, todo...

Descubrirse despacio

Ser sincero no es ser transparente. Ni tener que estar todo el día expuesto. No es tener que estar siempre diciendo todo lo que uno piensa (si imagino un mundo con tal sobredosis de comunicación como para que cada persona dijese siempre todo lo que piensa no puedo menos que intuir el caos). Pero ser sincero sí es huir de la mentira. A veces puede ser que yo no diga todo, no exprese todo, no comparta todo... pero el gran reto que tenemos es no enmascarar la vida con ficciones. Tener con quién compartir el malestar y la risa. Callar a veces, pero hablar verdad cuando hable. Irme descubriendo; más rápido o tomándome tiempo, pero dejando que otros puedan entrar en alguna de esas estancias profundas que tiendo a cerrar con llave.

Puedo dedicar un rato a pensar en la verdad que puedo ir compartiendo. Intento pensar quiénes son las personas que tienen acceso a mis inquietudes, a mis esperanzas profundas, a mis luchas y momentos de desaliento...

También pienso en quiénes son las personas a las que creo conocer sin máscaras, sin fachadas... y doy gracias por ellos.

Pastoral Jesuita



Ahora sólo falta que quieras tú

Agustín de la Torre

Reflexión al Evangelio



Convertíos, porque está cerca el reino de Dios». **¿Qué pueden decir estas palabras a un hombre o una mujer de nuestros días?** A nadie nos atrae oír una llamada a la conversión. Pensamos enseguida en algo costoso y poco agradable: una ruptura que nos llevaría a una vida poco atractiva y deseable, llena solo de sacrificios y renuncia. ¿Es realmente así?

Para comenzar, el verbo griego que se traduce por «convertirse» significa en realidad «ponerse a pensar», «revisar el enfoque de nuestra vida», «reajustar la perspectiva». Las palabras de Jesús se podrían escuchar así: «Mirad si no tenéis que revisar y reajustar algo en vuestra manera de pensar y de actuar para que se cumpla en vosotros el proyecto de Dios de una vida más humana».

Si esto es así, lo primero que hay que revisar es aquello que bloquea nuestra vida. Convertirnos es «liberar la vida» eliminando miedos, egoísmos, tensiones y esclavitudes que nos impiden crecer de manera sana y armoniosa. **La conversión que no produce paz y alegría no es auténtica. No nos está acercando al reino de Dios.**

Hemos de revisar luego si cuidamos bien las raíces. **Las grandes decisiones no sirven de nada si no alimentamos las fuentes.** No se nos pide una fe sublime ni una vida perfecta; solo que vivamos confiando en el amor que Dios nos tiene. Convertirnos no es empeñarnos en ser santos, sino aprender a vivir acogiendo el reino de Dios y su justicia. Solo entonces puede comenzar en nosotros una verdadera transformación.

La vida nunca es plenitud ni éxito total. Hemos de aceptar lo «inacabado», lo que nos humilla, lo que no acertamos a corregir. Lo importante es mantener el deseo, no ceder al desaliento. **Convertirnos no es vivir sin pecado, sino aprender a vivir del perdón,** sin orgullo ni tristeza, sin alimentar la insatisfacción por lo que deberíamos ser y no somos. Así dice el Señor en el libro de Isaías: «Por la conversión y la calma seréis liberados» (30,15).